

la que volvió con Wilson del abismo, y el niño que esa mujer llevaba, apenas si mereció la atención. Y sin embargo, fué por salvar a ese niño por lo que Wilson había trabajado hasta convertirse en una ruina física. Dejemos que nuestros grandes estadistas y líderes disfruten de los bien ganados honores que se les han tributado por su indiscutible triunfo en París. A Woodrow Wilson, el aparente fracasado, corresponde el honor inmortal, que crecerá con el transcurso de los siglos, de haber salvado al «pequeño niño» que habrá de guiarles todavía entonces. Ningún otro estadista, fuera de Wilson, podría haber realizado tal cosa. Y él la realizó.

El pueblo, el pueblo de todos los países, no comprendió la significación de lo que había ocurrido. Vió tan sólo aquella dura y repulsiva paz prusiana, y la gran esperanza de antes murió en sus corazones, viéndose reemplazada por una gran desilusión. Pasó la actitud más favorable que había tenido el mundo para emprender una nueva vida en el curso de muchos siglos. La fe en los gobernantes quedó completamente minada y los fundamentos del gobierno humano se sacudieron de tal manera que ese sacudimiento habrá de dejarse sentir durante muchas generaciones. La Paz de París perdió una oportunidad tan única como lo fué la Gran Guerra. Al destruir el idealismo moral nacido en los sacrificios hechos en la guerra, causó tanto mal como la guerra misma al conmover la estructura de la civilización occidental.

Y el odio por todo esto cayó especialmente sobre el Presidente Wilson. En torno de él se habían centralizado las esperanzas; en torno de él se acumulaban ahora las desilusiones y la desesperación. La opinión popular le hacía el principal responsable del amargo desengaño y del terrible fracaso. Los cínicos se mofaban, y aun sus propios amigos guardaban silencio en medio del desencanto universal. Poco o nada se había esperado de los otros líderes, y el fracaso se hizo pesar todo entero sobre Woodrow Wilson. Y por último, los Estados Unidos, por razones muy suyas, se unieron a la jauría, y al final fué su propio pueblo el que lo desgarró e hizo pedazos.

¿Acaso esta sentencia, provocada por desilusiones momentáneas, se sostendrá en lo futuro, o bien habrá de cambiarse? No ha llegado aún el momento de formular un juicio definitivo ni sobre Wilson ni sobre ningún otro de los grandes actores en el drama de París. Las apreciaciones personales dependerán principalmente de la interpretación que se dé a este drama en el curso del tiempo. Como alguien que vió y observó las cosas íntimamente, me siento convencido de que la pre-

sente apreciación popular es en gran manera superficial, y no resistirá la prueba investigadora del tiempo. Y no abrigo duda sobre que Wilson ha sido tratado con dureza e injusticia, y de que se le ha transformado en la víctima expiatoria por los errores de los otros. Wilson mismo cometió errores, y hubo ocasiones en las que me aventuré a dar la voz de alarma, pero no fueron sus errores los que causaron el fracaso de que se le hace principalmente responsable.

Admitamos la verdad, por amargo que sea hacerlo para aquellos que tienen fe en la naturaleza humana. No fué Wilson quien fracasó, sino que el caso es mucho más serio. Fué el mismo espíritu humano el que fracasó en París. Es inútil emitir juicios y hacer víctimas expiatorias de éste o de aquel estadista o grupo de estadistas. Los idealistas cometen un grande error al no hacer frente a los hechos reales de una manera sincera y resuelta. Creen en el poder espiritual, en la bondad que existe en el fondo mismo de las cosas, en el triunfo que está reservado para los grandes ideales morales de la raza. Pero esta fe con demasiada frecuencia nos lleva a un optimismo que triste y fatalmente se encuentra en pugna con los resultados reales. Es el realista y no el idealista el que se ve general-

mente justificado por los acontecimientos. Olvidamos que el espíritu humano, el espíritu de bondad y de verdad en el mundo, es todavía tan sólo un niño que llora en las tinieblas y que la lucha con las sombras sigue siendo todavía una lucha desigual.

París demostró una vez más esta terrible verdad. No fué Wilson quien fracasó allí, sino la humanidad misma. No fueron los estadistas los que fracasaron, como el espíritu de los pueblos que en ellos delegaron sus facultades. La esperanza, la aspiración de un nuevo orden mundial, de paz, de derecho y de justicia, era todavía muy débil y poco efectivo en comparación con las pasiones dominantes nacionales, que encontraron su expresión en el Tratado de Paz. Aun cuando Wilson hubiera sido uno de los grandes semi-dioses de la raza humana, le habría sido imposible salvar la paz. Conociendo como conocí por dentro la Conferencia de Paz, me siento convencido de que ni el más grande hombre nacido de mujer en toda la historia de la raza, habría podido salvar semejante situación. La gran esperanza no anunciaba una próxima aurora, como lo pensaron los pueblos, sino más bien una remota declaración de algún acontecimiento distante hacia el que necesitamos todavía llegar después de una penosa y dilatadísima marcha. Sinceramente como creímos en los ideales morales por los que habíamos combatido, resultó demasiado grande la tentación que se sintió en París ante un botín tremendo. Y al fin no sólo los líderes, sino también los mismos pueblos, prefirieron una parte del botín por aquí, una frontera estratégica, por ahí, un campo petrolero o una zona carbonera que se agregaran a sus recursos, en vez de los pálidos atractivos del ideal. Como desde entonces lo dije, la verdadera paz no ha llegado aún, y sólo podría llegar emanando de un nuevo espíritu de los propios pueblos.

Lo que realmente se salvó en París fué el Niño — el Pacto Constitutivo de la Liga de las Naciones. — Los que en la política persiguen realidades, y que no habían apartado sus miradas del botín que iba a distribuirse, se hallan preparados, aunque con disgusto suyo, a hacer esa pequeña e inocente concesión al Presidente Wilson y a sus compañeros en idealismo. Después de todo, no habría gran daño en ello, pues así no se amenazaba ningún interés nacional presente y en cambio causaba gran satisfacción entre numerosas personas buenas y poco prácticas en la mayoría de los países. Sobre todo, había que conciliarse la buena voluntad del Presidente Wilson, y éste era el último y el más importante de los Catorce Puntos que tenía empeño en

*El muy honorable general Jan Christian Smuts, Primer Ministro de la Unión Sud-Africana, colaboró con Mr. Wilson en el Comité designado para redactar el Pacto Constitutivo de la Liga de Naciones, de la Conferencia de Paz.*

*El general Smuts fué uno de los principales líderes del ejército boer en la lucha contra Inglaterra. Se graduó en la Universidad inglesa de Cambridge, sirvió como Procurador de la República Sud-Africana y ganó prestigio como abogado en la ciudad de El Cabo.*

*Aceptando el resultado de la guerra anglo-boer, entró al servicio del gobierno británico, se le designó como Secretario Colonial para el Transvaal en 1907, y ejerció una notable influencia como delegado a la Convención Nacional de 1910 que elaboró la Constitución para la actual Unión Sud-Africana. Fué Ministro de Defensa del gobierno sud-africano y asumió el mando de las tropas durante la campaña emprendida en 1916-17 contra los alemanes en el Africa Oriental. Promovido al grado de teniente general honorario, fué el Representante del Africa del Sur en el gabinete imperial de guerra en 1917-18. Esto le dió prominencia en la Conferencia de Paz y le puso en íntimo contacto con el Presidente Wilson. El 8 de febrero de este año, el Primer Ministro Smuts y el Partido Sud Africano alcanzaron en las elecciones una victoria decisiva sobre el general Hertzog y los que abogaban por la separación del Africa del Sur del Imperio Británico.*